

FERNANDO DURÁN LÓPEZ /

«EL GRAN POEMA DE LA HUMANIDAD»: RAMÓN LEÓN MÁINEZ Y LA VIDA DE CERVANTES

Nacionalismo decimonónico y cervantismo extremo

«[...] el *Quijote* no es semejable a ninguna obra humana; [...] escribiendo Cervantes su poema, escribía mucho más que el poema escrupulosamente calado en los ordinarios y sabidos preceptos, mucho más que el poema posible y aceptable en una literatura, o en una época determinada; [...] el feliz producto de su inspiración había de separarse [...] de la corriente usual, de las prescripciones admitidas y sancionadas hasta entonces y después; porque su obra tenía más alto fin que un poema cualquiera, porque su obra había de ser el gran poema de la humanidad, la gran epopeya donde se ven retratados, no esta ni aquella sociedad, sino todas las sociedades y todos los pueblos» (p. 158) (1).

Hay tal desmesura en muchos de los cervantistas españoles del XIX, que cabría concebir el cervantismo como una patología mental decimonónica, radicada en un ego sobredimensionado y que atañe a la vez al plano individual y al colectivo. Al individual, porque el sabio cervantómano aspira a emparejarse con la inmortalidad de su objeto de estudio, haciéndolo más y más grande, lo cual le convierte a él a su vez en un gigante. Al colectivo, porque la grandeza de Cervantes es un valor patriótico que convierte a España en digna competidora —y vencedora— de Francia (de Molière), de Gran Bretaña (de Shakespeare), de Italia (de Dante), de Alemania (de Goethe)... Por esa unidad moral de la patria en que consiste la mentira más genuina del nacionalismo, tal triunfo eleva el orgullo de todos y cada uno de los españoles, aunque no hayan siquiera saludado ninguna de las páginas del *Quijote*. De este modo, el resorte nacionalista quiso convertir en el XIX a Cervantes y a su obra en un icono que compensase las glorias a las que una nación decadida y acomplejada no podía aspirar.

España había sido invadida por los franceses y ninguneada en el concierto de las potencias europeas; luego pierde su imperio colonial, se sume en una interminable discordia interior y se convierte en el hazmerreír de una Europa que está modernizándose y haciendo la revolución industrial, algo que la Península vive, siempre con retraso, como una ruptura traumática de la identidad nacional. Sólo queda refugiarse en el recuerdo de la grandeza pretérita de la potencia imperial que conquistó América y avasalló Europa. Pero no es un recuerdo cómodo, pues muchos sitúan en esa gloria el germen mismo de la decadencia. En cambio, en el terreno artístico y literario es más fácil hallar un consenso del ego nacionalista, de modo que el Siglo de Oro compense el sentimiento de inferioridad. Una excelencia abstracta no basta: es necesario un campeón que compita con Shakespeare y demás gigantes de la literatura universal. Les tocó a Miguel de Cervantes y a Don Quijote de la Mancha —sin distinguir bien entre el uno y el otro— asumir ese papel, con lo cual su obra literaria se convirtió en un valor cívico al margen del hecho literario esencial, el disfrute de cada lector.

Tal propósito explica esa patología cervantina que vive la España del XIX —dejo al criterio de cada cual estimar cuánto pervive hoy en los recientes fastos conmemorativos— y permite entender una desmesura que tiene más que vez con la exaltación nacional y la proyección de valores ideológicos, que con un auténtico juicio literario. «Somos cervantistas, es decir, misioneros de Cervantes; venimos a continuar su obra social; no tenemos dote para proseguir su obra literaria [...] pero en la continuación de su apostolado, siempre trabajaremos. Así como nos llamamos cristianos por tener la fe de Cristo y no sus virtudes, nos decimos cervantistas por tener su pensamiento» (2). Y junto al apostolado, el enciclopedismo, porque otro síntoma de la enfermedad cervantina convierte al escritor en un maestro universal de todos los saberes y vinculado a diferentes lugares u oficios, extendiendo su impronta por todos los rincones del país. Proliferaron los trabajos sobre Cervantes como geógrafo, teólogo, jurista, marino, vascófilo, médico y farmacéutico, etc. Así pudo afirmar Máinez:

«Mucho más nos detendríamos si hubiéramos de hacer notar y ensalzar todas las perfecciones que la Segunda parte de *El Quijote* atesora, no sólo respecto al mérito literario (pues [...] es la mejor obra [...] de la literatura española en general), mas también por la portentosa suma de erudición que revela en aquel gran escritor, quien con magistrales y profundos conocimientos y suficiencia trata de gobiernos, estados, religión, leyes, naciones, guerras, historia,

geografía, astronomía, literatura, ciencias, artes, agricultura, comercio, industria, en fin, de todo y sobre todo» (pp. 208-209).

Ramón León Máinez y el cervantismo gaditano

En el Cádiz de la segunda mitad del XIX hubo un grupo de escritores que vivieron con singular intensidad esa pasión y se destacaron en emprender iniciativas editoriales y cívicas en pro de la exaltación de Cervantes. Aquí voy a fijarme en una de las obras de su miembro más representativo, que puede ser tomado como botón de muestra del cervantismo extremo español.

Ramón León Máinez Fernández (1847-1917) nació en Jerez, pero se instaló en Cádiz desde 1863 como seminarista, aunque dejó los estudios religiosos en 1869. De extensa formación humanística, fue luego redactor del periódico católico *El Domingo*; en 1870 publicaba en *Las Buenas Novelas* del empresario Joly y en 1871 fue brevemente director del *Diario de Cádiz*. En octubre de ese año da a la luz la *Crónica de los cervantistas*, revista monográfica sobre asuntos cervantinos de periodicidad irregular, que se publicaba bajo su dirección en cuadernos de 32-40 páginas. Durará hasta 1879, con una larga lista de eminentes colaboradores, no sólo gaditanos (entre 1904-1906 Máinez publicó una segunda época en Madrid, menos relevante). En 1874 se fundó la Asociación de Cervantistas de Cádiz, de la que fue secretario. En 1876 dirigió el periódico conservador *La Palma de Cádiz* y publicó su *Vida de Cervantes*. Más tarde evoluciona hacia el republicanismismo, poniéndose en 1895 al frente del periódico gaditano de esa tendencia, *El Pueblo*; luego trabajó en Madrid como secretario de Eduardo Benot (1901-1907) hasta la muerte de éste. Pasa sus últimos diez años enfermo y sin dinero, dependiendo de la ayuda de varios amigos y del Ayuntamiento de Madrid. Su obra impresa es, en su mayoría, de temática cervantina, realizada entre Cádiz y Jerez y publicada a menudo con el seudónimo de *El Bachiller Cervantino*, con el que dio a luz su primer libro en 1868, *Las Cartas literarias*. En 1871 publicó *Cervantes y los críticos*, en 1886 *Miguel de Cervantes. El proceso de Valladolid*, y en 1901, *Cervantes y su época*. Pero su empresa de mayor aliento fue la redacción de una biografía del escritor, la *Vida de Cervantes* de 1876, que complementaba una edición anotada del *Quijote* que dio a luz entre 1877-1878. También polemizó con otros cervantistas, impulsó la celebración de aniversarios y la erección de monumentos. Es, pues, un ejemplar acabado del cervantista decimonónico: apasionado, obsesionado, exagerado y convencido de la proyección cívica y patriótica del inmortal escritor (3).

La *Vida de Cervantes* de Máinez

Máinez justifica su obra de 1876 porque el aluvión del cervantismo obliga a poner al día la biografía del alcaalfo, con el propósito de «hacer interesante, verdadera, curiosa, instructiva, moral, la vida del preclaro autor que tantas obras maestras produjo» (pp. 7-8). Ése va a ser su conato principal: glorificar a Cervantes como un modelo moral que compendia y extrema cuantas virtudes es capaz de tener un ser humano: «verémosle siempre superior, insigne, sublime en todo» (p. 8), y a esto siguen dos párrafos donde le define como sobresaliente, digno, grande, heroico, admirable, envidiable, eminente, encantador, excelso, incomparable, valeroso, buen hijo, excelente esposo, amigo fiel, primer escritor y novelista de España, íntegro, probo, desinteresado, generoso, fácil al perdón, egregio... Máinez no deja de lado ningún aspecto relevante de la vida y obra cervantinas, con el propósito de reivindicar la excelencia del autor donde otros han querido verlo flaquear; esta loable amplitud supone uno de los principales méritos de una biografía que, además, está bien escrita y dimensionada. Por otra parte, ya que no distingue entre Cervantes y sus personajes, también se borran los límites entre el estudio biográfico y el literario, lo que justifica que las censuras estilísticas sean tomadas como agravios personales. Es por ello muy duro con quienes le han precedido en la tarea:

«[...] son infinitos los absurdos, documentos falsos, sofismas y arbitrariedades propagados. Las más de las biografías hasta ahora ofrecidas carecen de

(1) *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, por Ramón León Máinez, director de la *Crónica de los cervantistas*. Tomo I. Tip. La Mercantil de D. José R. y Rodríguez, Cádiz 1876. Cita siempre por esta edición. La obra está completa y terminada en un solo volumen de 400 páginas.

(2) Juan de V. Forcella, «Los misioneros de Cervantes», *Crónica de los cervantistas*. t. III, nº 2 (15-VII-1878), cit. en Y. Vallejo Máinez, «Aproximación al cervantismo decimonónico: el cervantismo gaditano», *Draza*, 5-6 (1993-1994), pp. 243-263, cita en p. 251.

INSULA 7 27 - 7 28
JULIO-AGOSTO 2007

(3) Cf. Y. Vallejo Máinez, «Ramón León Máinez, 'El Bachiller Cervantino'», en *Veinticinco escritores gaditanos raros y olvidados*, Cádiz, Diputación, 2001, pp. 193-201; M. Ravina Martín, «Dos cartas inéditas de Patrocinio de Biedma y

Ramón León Máinez», *Boletín del Instituto de Estudios Cienmenses*, 190 (2005), pp. 653-672; y J. M. Mantón Cacho, «Un ataque a Cádiz: seis artículos de Ramón León Máinez», *Revista de la Universidad de Oviedo* (1950), pp. 247-273.

las condiciones de un trabajo crítico de buen gusto [...]. Todas divagan sobre asuntos de poco o algún interés, citan documentos ficticios, hacen observaciones inútiles, y, sobre las imperfecciones de los apuntes biográficos, se nota en ellas un gran vacío, especialmente en lo referente a la crítica razonada y perfecta de las obras literarias de Cervantes. En esta última parte nuestros trabajos tendrán que ser precisamente más concienzudos que los anteriores, por lo mismo que hemos hecho profundos, especiales y detenidísimos estudios; y lo mismo nos sucede con los puramente biográficos. Todo cuanto afirmamos, pues, y corregimos en nuestra obra, lo efectuamos como resultado de serias indagaciones, comprobaciones y evidencias» (p. 28, nota).

Esos errores, leyendas y falsedades a los que se refiere, son sólo los que, a su juicio, extienden manchas sobre la grandeza moral de Cervantes. El lector pronto se da cuenta de que su exigencia de rigor no se aplica a sus propios razonamientos. En ocasiones, si alguien ha sugerido un comportamiento impropio en el escritor, su escandalizado rechazo no tiene más apoyo que el convencimiento de que éste era incapaz de cualquier indignidad. Esa estimación moral es tan compacta y tan superlativa, que actúa como un dogma de fe más allá de cualquier comprobación documental. Lo que no se sabe de Cervantes, se suplir por aquello que es probable y verosímil, por lo cual buena parte del libro es lo que podríamos denominar una «biografía condicional»: «lo único cierto —asegura de los años juveniles del escritor— parece que, siendo Cervantes hijo de familia pobre y necesitada, su aplicación supliría a todo, y desde sus más tiernos años revelarla la penetración y el talento en él peculiares» (p. 11). Para Máinez, lo verosímil, lo probable, es aquello que su conocimiento del personaje hace verosímil y probable, lo cual, en una biografía, es construir la casa al revés. ¿Por qué se alejó Cervantes de la comitiva del cardenal Acquaviva a la que pertenecía? Podemos deducirlo:

«El natural de Cervantes, entero, pundonoroso, digno, grave, no podía transigir con adulaciones ni lisonjas. Su corazón y su alma ansiaban la rectitud, la verdad, la justicia; y él no podía rebajarse a trueque de atrastrar una existencia sedentaria y regalada. Estas causas y motivos originaron, a no dudarlo, su presta separación de la corte de Roma y del cortejo del cardenal» (p. 13).

A pesar de su pretendido rigor documental, Máinez también proclama el derecho a ocultar lo que pueda considerarse inadecuado para la grandeza del personaje, incluso cuando sea cierto. A propósito de las teorías que atribuyen a Cervantes amores ilícitos, su biógrafo proclama que su valor ejemplar está por encima de la verdad histórica:

«Bien está, y laudable es, que indagemos todo lo referente a la vida pública de Cervantes, a su existencia como soldado, como cautivo, como escritor, hasta como recaudador de contribuciones; mas comprendemos que es demasiado inconveniente examinar y querer penetrar aun en sus menores acciones domésticas. Respetamos nosotros tanto el sagrado de la familia, que aunque supiéramos que podríamos presentar los más circunstanciados y curiosos pormenores sobre la vida de Cervantes, a este respecto, no lo haríamos, por temor de ofender la memoria de persona a quien tanta veneración profesamos. Que Cervantes tuvo una hija ilegítima es lo único que sabemos. ¿Qué necesidad tenemos nosotros de indagar si esta hija era procedente de una morisca o de una portuguesa o de una española, ni poner dolo en la honra de determinadas personas? Para la biografía de Cervantes ¿qué importa esto? [...] Si Cervantes tuvo relaciones en Argel con alguna mora poderosa y discreta, no fueron por cierto relaciones ilícitas, de mal género, sino relaciones dignas, cristianas, nobles, rectas. [...] Si alguna mora trajo con él a España, no fue seducida ni para seducirla, sino para hacerla feliz, separándola de las prácticas absurdas y de la inconcebible tiranía que sufriera entre los suyos» (pp. 47-48).

Y junto a las suposiciones «verosímiles» y las ocultaciones pudorosas, hay que añadir las narraciones directamente ficticias. Así, por ejemplo, al relatar la batalla de Lepanto, se le quedan cortos los adjetivos para ponderar el patriotismo, la bravura y la exaltación cristiana que mueven al escritor. «Aunque enfermo, supo y quiso escoger el sitio de más peligro. Frisaba entonces en los veinte y cuatro años de su edad: el odio contra los turcos agitaba su corazón: la defensa de su religión y de su patria lo enardecían. Por eso fue un héroe de Lepanto» (p. 22). Para demostrar esto no le importa inventar los detalles de la batalla, con toda clase de secuencias narrativas no documentables, que construyen una verdadera novelita.

De igual modo, esta visión beatífica de Cervantes ha de corresponderse con una visión maléfica de aquellos que no lo supieron valorar. Máinez justifica en las envidias, las malquerencias y la mala fe de sus enemigos todos los problemas que padeció el autor del *Quijote* a lo largo de su vida. Se encarna así el biógrafo contra las intrigas del siniestro dominico Juan Blanco de Paz, el gran adversario en Argel de Cervantes y su contrafigura moral; contra el ingrato y desdénso Felipe II (4), que maltrató al héroe de Lepanto; contra Lope de Vega, envidioso, hipócrita y malvado, que impidió su éxito literario; contra los Argensola, que incumplieron sus promesas de ayudarlo; contra el prepotente conde de Lemos, que no recompensó sus dedicatorias...

Las obras

En cuanto al análisis de la obra literaria cervantina, no es menos extremado en la defensa de sus méritos, pero sí algo más matizado. Frente a la opinión general, que considera rayana «en los límites de la pasión» (p. 65), Máinez alaba mucho *La Galatea* —presume de ser

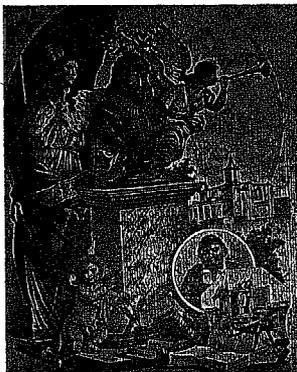
el primero en haberla estudiado a fondo— y atribuye sus defectos a la literatura de la época. Lo considera un libro autobiográfico que Cervantes escribió «para decantar la belleza de su amada [Catalina], para loar las virtudes de la que luego fue su esposa» (p. 66), y sólo ve en él defectos de conjunción de elementos, algo que Máinez, muy apegado a la unidad de acción prescrita por las poéticas, va a repetir en otros de sus análisis. En las *Novelas ejemplares*, cree que Cervantes superó a Boccaccio y los demás italianos, a los que aventaja en invención, pero también en moralidad. Emplea mucho espacio en su teatro —es una de sus grandes aportaciones—, tratando de demostrar que Cervantes «fue el imperfecto, pero verdadero creador de la comedia española de capa y espada, de enredo y de carácter, con grandísimo gusto, pues introdujo sucesos interesantes, notables, instructivos, de los que luego se valieron los autores de más prestigio» (p. 272). No obstante, aquí se permite ser más severo con su ídolo, en quien alaba lo que se aproxima a la preceptiva y reprueba moderadamente cuanto le aleja de ella. Por último, no le gusta mucho el

Persiles, «libro plagado de defectos» (p. 337) por la multiplicación de tramas: es la única obra cervantina para la que el jerezano no busca excusas.

Pero donde se aplica a fondo el biógrafo es en un amplio y apologético estudio de *Don Quijote de la Mancha*, «la obra maestra de su fecundo ingenio, la que compendia en sí sola una literatura gloriosa, la que jamás se estudia bastante y se encomia demasiado» (p. 120). Su tesis principal atañe al propósito de la novela y en esto su visión es la romántica: el *Quijote* esconde una lección moral de magnitudes metafísicas, incompatible con una mera parodia literaria. Si Cervantes hubiera pretendido burlarse de los libros de caballería por chanza, sería imposible elevarlo a la grandeza requerida, pues habría que asumir que se burla de la nobleza y virtud que definen los valores caballerescos, tan consustancialmente españoles. Para Máinez, el escritor era «un cumplido caballero» (p. 126), un abnegado sostenedor de la verdad y la justicia, entregado al bien común, como probó en Lepanto: «para Cervantes, la Institución de la caballería era digna de toda veneración: su alma y su pensamiento la rendían un culto sagrado y entusiasta» (p. 126). Lo que el escritor pretendía, entonces, era que España conservase los valores caballerescos en su pureza, denunciando la pérdida de los mismos:

«En nuestro sentir, la obra de Cervantes tiene precisamente una tendencia por completo opuesta a la que se supone. No sólo no vemos en ella esa sátira acre, esa invectiva despiadada contra los libros de caballerías, que le atribuyen la letra misma del texto y las opiniones de todos los que hasta ahora han hablado [...], sino que tenemos por indudable que el verdadero, el primordial fin de Cervantes [...] fue el de enaltecer las antiguas y pundonorosas ideas caballerescas, contraponiéndolas a las nuevas, ni tan caballerescas ni tan pundonorosas, que en sus tiempos imperaban. [...] Cervantes, filósofo profundo al par que escritor de felicísimo estilo y de invención prodigiosa, se propuso anatematizar los vicios de su época; y, para hacerlo, se valió de una sátira en que tuvo que empezar por sostener que otro objeto y otro fin le guiaban del que efectivamente se proponía» (pp. 130-131).

Don Quijote no es un personaje ridículo, sino que es la sociedad la que aparece en ridículo frente a un exponente del auténtico, antiguo y noble carácter español. Por la misma altura de intenciones, niega Máinez que Cervantes haya tenido en mente a modelos reales, como muchos habían conjeturado. Aquí es donde el jerezano alcanza el culmen de su exaltación simultánea de Cervantes y de Don Quijote, en la que es imposible separar la figura real de la imaginada:



FERNANDO
DURÁN LÓPEZ /
«EL GRAN POEMA
DE LA HUMANIDAD»

(4) Véase en particular la p.
la biografía.

Portada de la *Vida de Cervantes* de León Máinez (Biblioteca Municipal «José Celestino Murcia» de Cádiz)



FERNANDO
DURÁN LÓPEZ /
«EL GRAN POEMA
DE LA HUMANIDAD...»

«Con quien se identifica Don Quijote, [...] de quien es vivo y acabado retrato, es de su historiador, es de Cervantes. Este, como el protagonista de su obra, sin miedo y sin tacha, truena siempre contra todo lo malo y perjudicial; ama la rectitud y adora la verdad; y ni le intimidan peligros, ni las asechanzas le abaten, ni las contradicciones le amilanan. Fuerte con la razón que le asiste, lucha contra los egoísmos de sus contemporáneos; sufre vejaciones, en vez de obtener recompensas; su generosidad es causa de su desgracia; su modestia, origen de su trabajosa vida; su voz no es escuchada; sus virtudes son desconocidas; sus nobles propósitos y su natural severo, ridiculizados; amargura y desdén halla en todos los senderos de la existencia; no se le comprende; aquel su espíritu caballeroso y sublime, aquel ánimo alentado que en Argel, entre prisiones, si hubiesen correspondido a sus deseos los que debieran, hubiese conseguido arrancar aquellas posesiones del dominio turco, entregándolas a Felipe II como muestra de su patriotismo y de sus pensamientos titánicos, era un visionario, un loco, un hombre digno de compasión para la generalidad materializada y positivista» (p. 138).

Don Quijote es, pues, Cervantes. La identidad se aprecia también, según Máinez, en la semejanza entre sus muertes solitarias y dignas (lo que no deja de ser un tanto sorprendente, a no ser que entendamos que el escritor quiso imitar a su creación a la hora de morir). Dulcinea, por otra parte, no representa a una dama, sino a un ideal abstracto: «la verdad y la posteridad en su expresión más pura» (p. 139). La obra expresa la lucha eterna de la humanidad entre el idealismo y el materialismo soez. «Cervantes, pues, al escribir la sátira de sus tiempos, hizo a la vez la sátira de todas las sociedades, de la humanidad entera» (p. 139).

Conclusión

El componente cívico que el cervantismo extremo del XIX quiere incorporar al culto cervantino queda también reflejado en Máinez, gran impulsor del asociacionismo cervantino y del festejo de aniversarios. No tiene, pues, nada de extraño, que uno de los últimos capítulos de su *Vida de Cervantes* concluya con este plan de acción:

«Mucho más que lo hasta ahora obtenido merece el nombre de Cervantes; mucho más exige su fama; mucho más demandan sus obras. Sólo conmemorando el aniversario de su muerte en todos los pueblos cultos del mundo, levantándole en España un monumento majestuoso y digno de su sabiduría, constituyendo en cada ciudad de ella una Sociedad dedicada a propagar sus producciones y enaltecer su memoria, y declarando fiesta nacional el 23 de Abril, se responderá, en lo posible, a lo que sus merecimientos reclaman, su gloria pide y el agradecimiento patrio y universal preceptúa» (pp. 362-363).

Así volvemos al punto de partida: la grandeza de Cervantes no reside en el acto de la lectura, ni en el estudio a que estos libros den lugar, sino en haber llevado a una cumbre inalcanzable un ideal moral, una perfección irrepetible. Lo más sorprendente de esta glorificación es que no sólo se limita a proclamar que Cervantes sea el mejor escritor que haya existido, sino que se dice que es el mejor que pueda nunca existir. Y eso ya no es, desde luego, crítica literaria, ni siquiera pasión nacionalista, sino un acto de fe irracional. Se trata de convertir el cervantismo en una religión laica nacional, con sus lugares de culto, sus días santos, sus evangelios, sus preceptos morales, sus símbolos y, por supuesto, sus oficiantes.

Esta actitud de muchos cervantistas del XIX constituye una evidente demasía y, por ello, tras alcanzar su máxima intensidad en los años 70 y 80, provocó una reacción. No faltaron parodias crueles, como la de José María de Pereda en uno de sus *Esbozos y rasguños*, «El cervantismo» (1880), donde ya estudia esa manía como una enfermedad. El escritor santanderino formula una crítica más amplia, con ribetes reaccionarios, pero había enfocado bien el exceso que habla en los «cervantómanos» y proclamaba que a Cervantes «debémosle admiración, y es justo que se le tributen; pero no con cascabeles ni vestidos de payasos». Todo exceso cae con facilidad en el ridículo y el descrédito, pero para terminar mi modesta contribución, me gustaría apuntar que el cervantismo ultranacionalista, desmesurado y sudorreligioso de un Máinez, no es más que el producto extremo de un cervantismo más sensato —o que al menos no lo parece porque nos hemos acostumbrado a él—, un cervantismo como el de Pereda, quien termina diciendo:

«Dichoso día aquel en que el cervantismo pase y vuelva a reinar el *Quijote* en la patria literaria, sin enmiendas, reparos ni aditamentos, y su autor perfluido sin *habilidades* ni misterios! Venga, pues, la inmortal obra sin teologías, náutica ni jurisprudencia, y, sobre todo, sin *claves* ni itinerarios ni almanaques; venga, en fin, como la hemos conocido los que peinamos ya canas, cuando en ella aprendimos a leer, a pensar y a sentir; que así, al pie de la letra y hasta con las erratas y garrafales descuidos de los primeros impresores, ha sido admirada de todos los hombres y traducida a todas las lenguas, y servido de pedestal a la fama de Cervantes, que ya no cabe en el mundo».

Convertir a Cervantes y a su obra en un orgullo nacional, proclamarlo lectura *obligatoria* —qué horrible contradicción!— y echarlo a pelear con las otras cumbres literarias de las demás naciones del mundo igual que si fueran selecciones de fútbol, para excitar un sentimiento que no reside en la literatura, sino fuera de ella, es la actitud que ha mantenido el nacionalismo español —como otros nacionalismos semejantes dentro y fuera de España— para crear valores e iconos culturales en los que asentar una identidad nacional siempre precaria e interesada. Luego la cultura de masas ha hecho el resto y de la *institución* cervantina ha fabricado toda una serie de objetos reconocibles y consumibles (incluso algún que otro libro). Ciertamente conocido más se indignaba hace unos años por ver difundido en el país de Cervantes aquel anuncio de Carlsberg, «probablemente la mejor cerveza del mundo», en la que se la comparaba con Shakespeare, «probablemente el mejor escritor del mundo».

Para la literatura, el resultado de esta exageración del canon tiene un componente totalitario: aniquilar la libertad del lector, ponerlo de rodillas ante una obra, un escritor, un estilo, y otorgarles a éstos un valor universal y atemporal del que en realidad carecen todos los productos de la cultura. Ante tales posturas, parece inevitable que quien no sea capaz de gustar de las delicias cervantinas haya de considerarse un perfecto ignorante o un perfecto imbécil y, como en el Retablo de las Maravillas, a nadie le gusta admitir en público tales tachas. Pero el *Quijote* no es más que un libro. Ni más ni menos que un libro. Se escribió para entretenernos y no para avergonzarnos, acongojarnos o hacernos pasar tedio. Hay que reivindicar el derecho a no leer ese libro, o a que no nos guste, o a que nos parezca el peor libro jamás escrito. Hay que reivindicar, por lo tanto, a Cervantes para la literatura, sólo para la literatura, es decir, para el placer, la libertad y la dignidad del lector, frente a los Máinez que nos siguen rodeando y que nos hablan de inmortales excelcitudes, de fiestas nacionales y de glorias patrias.

F. D. L.— UNIVERSIDAD DE CÁDIZ

(1) Cito a través de Francisco M. Tabino, *Cervantes y el Quijote*, Madrid, Durán, 1872, pp. 139-168, donde también se refiere a algunas de las interpretaciones de Gayton, Jarvis, Ríos, Bowie, Pellicci, Florin, García, Capmany, Clemenán y Randó, entre otros comentaristas de la obra de Cervantes.